

Míster Gore

Miranda Soriano

MIRANDA SORIANO



Capítulo 1

Por aquellos momentos, Erika no lograba definir con certeza sus sentimientos; ¿estaba más molesta, o más triste? ¿Eso que sentía en el pecho era nostalgia o impotencia?

La verdad era que, desde que conocía a su prometido, era la primera vez que sus sentidos no estaban nublados por un amor tan grande que era capaz de perdonar todo e ignorar la fragilidad de la vida.

Ella también sería juzgada por ser cómplice, y probablemente terminaría compartiendo el mismo destino que su amado... Aunque, honestamente, esa era una sentencia que deseaba. No soportaba la idea de quedarse con vida mientras él moría, lleno de pecados que habían sido mayormente su culpa.

Dentro de este relato el nombre de Erika podría considerarse irrelevante, pues todo gira alrededor de aquel al que la policía apodó como Míster Gore, el alma gemela de Erika y la persona que hizo que la humanidad, el bien y el mal, la moral y lo correcto, le importaran un carajo.

Su verdadero nombre era Adrián Flores que, con la mente adormecida y el corazón lleno de orgullo, le arrebató la vida a diez chicas que cayeron en su juego de sonrisas y coqueteos, tan solo para acabar en su repertorio de asesinatos. Y, si bien Erika jamás le ayudó a crear aquellas macabras obras de arte, sí guardó su secreto.

Capítulo 2

La primera vez que se conocieron fue en un fin de semana de otoño.

El padre de Erika había planeado un pequeño día entretenido para su familia, visitando la feria de armas ambulante que llegaba a la ciudad y que se quedaría ahí por un par de días. Sin embargo, no tenían previsto que la madre pescara un resfriado, ni que la hermana mayor de Erika tuviese que salir del estado debido a una entrevista de trabajo, o que su hermano menor por fin consiguiera una cita con la chica que tanto le gustaba.

Por supuesto que al principio pensaron en cancelar el paseo, pero en cuanto mamá notó lo decepcionado que estaba papá, les persuadió a salir sin ella; ¡sería un día divertido entre padre e hija!

Erika nunca estuvo muy emocionada por asistir, pero al ver que su padre andaba con los ánimos por las nubes, ella resultó contagiada de tan dulce entusiasmo.

La pequeña feria venía desde el otro lado del país, e iba recopilando armas de épocas pasadas y presentes, así como modelos, calibres y diseños de todo tipo. Erika nunca supo si lo hacían para dar el merecido reconocimiento a las armas por ser una distinta forma de arte o si era para satisfacer el morbo de las multitudes.

La feria decidió situarse cerca del parque de la ciudad, allá donde había una larga pasarela de cemento flanqueada por pinos y árboles de hojas anaranjadas. Había bancas donde la gente se sentaba a conversar y, lejos, al final de la calzada, una fuente esparcía su rocío a los curiosos que no habían pagado su boleto de entrada.

Había mesas largas y vitrinas por todo el lugar, atiborradas de objetos, y custodiadas por hombres maduros que parecían saber bien acerca del tema.

¡Dios, qué imagen era todo aquello!

El contraste que hacía el olor a madera y pólvora contra el fresco viento de octubre, los chasquidos que se oían al registrar las cámaras de las armas vacías y el crujido de las hojas muertas al ser pisadas; el sitio estaba plagado de un aroma extrañamente embriagador mientras tu mirada paseaba intentando admirar todo cuanto pudiera antes de que alguien lo tomara antes que tú.

Al entrar, les entregaron un folleto que Erika no se molestó en revisar. Su padre, en cuanto localizó los rifles de alto calibre que tanto le fascinaban,

echó a correr, olvidándose de quien venía consigo. Erika levantó una mano para detenerlo, pero él ya se encontraba demasiado lejos. Hizo una mueca y luego suspiró silenciosamente, resignándose a pasar el día por sí misma

Anduvo vagando por un rato hasta que se percató de que también mostraban allí armas blancas: todo desde cuchillos hasta sables, dagas, hachas y espadas hermosas. Colgaban de estantes y aparadores de cristal, y brillaban de lo limpias. Hasta hacía poco Erika había descubierto un amor enorme por esa clase de objetos, y no desaprovechó el momento para admirarlos de cerca.

Con los ojos iluminados de alegría notó que algunos cuchillos poseían hojas rústicas, otros eran réplicas clásicas, y la minoría contaban con estilos coloridos o modernos. No pasó mucho cuando recogió un cuchillo de una mesa, de estilo militar, aunque probablemente demasiado grande para ella.

Al tenerlo entre las manos sintió que el pecho se le hundía. El mango era del color del carbón y la hoja era curveada, de un filo excepcional, mientras que el reverso tenía un filo dentado y tosco. Estaba hecha de damasco lo cual le permitía ver un diseño único plasmado sobre la hoja. Erika creyó que el arma debía estar hecha a mano, y fue tanta su curiosidad por saberlo que levantó la mirada para buscar a su padre para pedirle que preguntara por ella todo lo que necesitaba saber.

Sus ojos se encontraron con los de un sujeto que parecía llevar tiempo observándola. Se encontraba apenas a un metro de distancia y, en lugar de apartar la vista cuando ella le pilló, el chico se limitó a sonreírle con cierto atrevimiento. Erika imitó el gesto con nervios.

El chico debía estar cerca de los veinticinco o veintiséis años, apenas un par de años mayor que ella. Era de tez clara y tenía cabello rojizo. Su mirada era curiosa; parecía distante, como si estuviese molesto o quizás absorto en pensamientos demasiado oscuros, mientras que el color miel de su iris lanzaba destellos aferrados al presente.

Era apuesto, pero de una forma extraña, como la atracción que Erika sentía por el cuchillo en sus manos.

—Tienes buen gusto —dijo, interrumpiendo el silencio con un tono tanto suave como seguro de sí—. Aunque es algo tosco, ¿no crees? Perdona que te mire tan raro, pero es interesante que alguien admire tanto un cuchillo.

Erika soltó una excusa de risa nerviosa y dejó el arma sobre la mesa

nuevamente. Sus manos libres para hablar.

“Perdona. ¿Querías verla también?”

Su reacción al verla responder fue similar a la que hacía el resto de la gente: ceño fruncido, ojos como platos y... Erika lo observó bien. Él no tenía ningún dejo de lástima en la mirada. Se sorprendió al notar que, contrario a sentir pena por ella, el chico parecía intrigado, casi ansioso por entender aquello que las manos de Erika habían gritado al aire.

Ladeó la cabeza.

—¿Eres muda?

Ella asintió. Él permaneció con el ceño fruncido por otro instante y luego sonrió encantado. Erika sintió que flotaba.

—¿Te molestaría charlar conmigo? —se detuvo—. Digo, bueno, charlar no es la palabra correcta. Sólo que... Nunca había conocido a alguien con ese lenguaje.

Nuevos espasmos y gemidos apagados indicaron otra risita de Erika, él volvió a sonreír.

—¿Aceptas? —insistió. Erika dudó, pero terminó por asentir. No todos los días un chico dulce se interesa por una muda sin vida social y con una obsesión insana por los cuchillos—. Me llamo Adrián, por cierto. ¿Cuál es tu nombre? ¿Me lo deletreas? No, no, espera, ¿me dejas adivinarlo?

Se sentaron a solas mientras Adrián intentaba adivinar cuál era su nombre. ¿Era Gabriela? ¿Victoria? ¿Se llamaba, de casualidad, Julieta? ¿Sofía, Paulina, Natalia?

Erika le dejó hablar, tratando de controlar el rubor que le cubría las mejillas y cubriéndose la boca para no dejar escapar esos sonidos guturales tan extraños que en realidad eran su risa.

Al final tuvo que decírselo con cuidado, y Adrián pareció hechizado ante los gestos que ella hacía, por cómo movía los labios sin soltar ningún sonido y por cómo su garganta se estremecía de forma inútil.

Habían empezado a amarse antes de darse cuenta.

Capítulo 3

Entonces Adrián guio la conversación entera, pero Erika no se sentía fuera de lugar ni ajena a la charla porque él expresaba clara simpatía hacia ella. Parecía gustarle mucho el haberse encontrado con alguien a quien le costaba trabajo adaptarse. La mirada que le dedicaba era suave pero no condescendiente, su tono era cuidadoso, pero en ningún momento la hizo sentir como una mártir.

Nadie solía tratarla de esa manera.

La hacía sentir cómoda, como si todo entre ellos fuese familiar desde hace mucho tiempo.

Adrián había comenzado contándole cosas muy triviales, pero pasado un rato se percató de que había estado hablando mucho acerca de sí, así que pasó a hacerle a Erika preguntas que pudiese contestar asintiendo o negando con la cabeza.

Todo era muy dulce. Sí, se sentía correcto.

Una o dos horas más tarde, el padre de Erika se apareció de la nada con expresión muy animada, comentando algo acerca de un precioso revólver al otro extremo del lugar, pero se calló cuando notó que su hija tenía compañía.

—Uh... —se detuvo en seco a unos metros.

Erika sintió que el pulso se le aceleraba; cuán incómodo.

Adrián se puso de pie, percatándose rápidamente del parentesco, y explicó que habían estado charlando tras estrechar su mano. Lo hizo con tal naturalidad, sonriendo brillantemente, que terminó sorprendiendo al padre de Erika.

Este intercambió una mirada entre ambos.

—¿Se conocen?

Erika negó mientras se levantaba.

—Bueno, ahora sí —dijo Adrián, sonriendo y echando un rápido vistazo sobre los labios de ella. Entonces acortó la distancia entre ambos, ignorando por completo la presencia del padre —. ¿Te parece si nos vemos otra vez? Me pasearé por aquí hasta que la feria se vaya, quizás

podamos...

—No sé si sea buena idea —dijo el padre. Erika le dirigió una mirada asesina, sintiendo que el rubor le cubría el rostro.

“¿Te importa?”

Se quejó rápidamente. Su padre giró los ojos y se dio la media vuelta. Erika volvió la mirada a Adrián, quien reía por lo bajo.

—Estaré aquí todo el día, mañana, y al día siguiente, y al siguiente. Tengo mucho tiempo libre, y me encantaría pasarlo contigo —dijo, aún divertido por la rabieta—. Sólo si tú lo quieres, claro.

Antes de que Erika pudiese meditarlo, antes siquiera de que asintiera o sonriera, Adrián se despidió depositando un beso en su mejilla, haciéndola sonrojar aún más. Algo le hizo pensar que Adrián se había detenido unos instantes para deleitar su perfume, pero estaba tan sorprendida que ese par de segundos parecieron un sueño adorable.

No podía estar segura de nada además de lo mágico que había sido, aunque sonara estúpido! Y gracias a Dios papá no había visto nada.

Adrián le sonrió una última vez antes de alejarse.

Papá se giró a encararla nuevamente e iba a comenzar a hacer preguntas y acusaciones cuando Erika lo distrajo comentándole acerca del cuchillo que había visto antes. Su padre terminó comprándoselo con la promesa de que lo llevaría encima si volvía a encontrarse con ese chico.

Al volver a casa, el buen humor de Erika pasó al de un profundo desconcierto implantado por el canal de noticias que mamá estaba viendo, tendida en la cama.

—Otra víctima —dijo, tomando la mano de su marido cuando este se sentó a su lado para ver la pantalla. Erika se detuvo al lado de la cama—. Han encontrado un cuerpo en el transcurso de esta mañana, cerca de la carretera al oeste de la ciudad. Dicen que lleva ahí varias semanas, por su aspecto, y... Dios, de pronto me preocupé bastante por ambos, pero cuando recordé que sólo ataca a chicas...

Su mirada se alejó, cansada y conmovida. Segundos más tarde cerró los ojos para evitar seguir viendo el programa y los tres se quedaron en silencio unos minutos, Erika siendo la única que permaneció observando la pantalla cuando pasaron las fotografías del nuevo cadáver.

El rostro contraído de la víctima, una chica joven y bonita, había resultado intacto, mientras que la cuchilla del arma homicida había llegado hasta el

paladar. Una profunda puñalada se abría bajo su mentón, dejando ver un agujero del que desbordaban dientes y pedazos rosados de lengua. El corte atravesaba limpiamente esa zona hasta llegar al esternón, donde se detenía súbitamente. Todo el cuello del cadáver estaba dividido en dos mitades perfectas, izquierda y derecha, dejando al aire las varias capas de piel de la carne como si el asesino sólo buscara ver el interior de la garganta de sus sacrificios; pero el verdugo ni se limitaba a observar, no. Destrozaba el cuello hasta que no quedaba nada reconocible, como si intentase degollar a sus víctimas de una forma tanto única como extraña.

El asesinato se atribuía nuevamente al mismo individuo debido a las distintivas lesiones que constituían su firma y a la peculiar falta de contacto sexual con las víctimas; siempre destacaban esto último ya que era algo extrañísimo en ataques contra chicas jóvenes y atractivas.

En el pasado se habían encontrado a otras tres víctimas, todas en ciudades colindantes, con las mismas heridas: la misma firma.

Los medios hacían duro hincapié en la manera en que el violento asesino no parecía querer lastimarlas más allá de su sello personal, por lo cual le dieron un apodo adecuado: Míster Gore.

—¿Aceptarás la invitación de aquel chico? —murmuró papá, interrumpiendo sus pensamientos y apagando el televisor —. Porque si han encontrado cuerpos en esta ciudad...

“No hagas un drama” pidió Erika.

—¿Un chico? —dijo mamá, mirándolos por turnos —. ¿Qué chico?

—¿Cuál era su nombre...? Ah, Adrián. Ha citado a tu hija a pasar un rato en la feria de armas, y no me agrada —se cruzó de brazos —. Me da mala espina.

—¿En serio?

“¿Acaso crees que podría hacerme daño?” interrumpió Erika.

Si bien era cierto que no lo conocía lo suficiente para defenderlo, sus padres tampoco tenían el derecho de hacer suposiciones tan alocadas.

“Creo que, si hubiese querido hacerme algo, justo ahora yo no estaría aquí” continuó. La observación incomodó aún más a sus padres, pero ella intentó calmarlos sonriendo tímidamente. “Además, ¿cuándo fue la última vez que un chico me invitó a salir?”

Logró convencer a sus padres, insistiendo hasta que lograron ver las cosas de forma más racional, ¡y gracias a Dios! Tan pronto Erika localizó a

Adrián entre la poca gente de la feria al día siguiente, sintió que el esfuerzo había valido toda la pena del mundo.

Sintió que un nudo de sorpresa se le formaba en la garganta cuando, al Adrián levantar la mirada y encontrarse con la suya, este logró articular un lento y torpe “h-o-l-a” en lenguaje de señas.

—Me aprendí el alfabeto —dijo, al encontrarse frente a frente. Sonriente, se sobó la nuca con una mano mientras sonreía—. O, bueno, eso creo. ¿Lo hice bien? Me pasé la noche entera intentando memorizar todo correctamente y... Sé que confundo varias letras y eso, pero me pareció que a lo mejor así podemos entendernos mejor.

“Lindo detalle” respondió Erika, con tanta lentitud y torpeza como lo había hecho él.

De nuevo se encontraron sonriendo el uno al otro cual hechizados por magia.

Capítulo 4

A partir de entonces, el amor les hundió en sus profundas y embriagadoras aguas, cegándolos tanto que desearon fundirse el uno con el otro para así ser incapaces de separarse. Era como si el destino les estuviese reservados el uno para el otro: Erika pertenece a Adrián, y Adrián pertenece a Erika.

Mientras más cercanos se hacían, menos era atractiva la idea de alejarse del otro.

Se veían a menudo y se contaban todo sin miedo al posible rechazo. Las cosas entre ambos fueron precipitadas, pero estaban perfectamente seguros de que todo funcionaría, casi temiendo que el tiempo les arrebatara su glorioso romance.

Cuando estaban juntos el mundo se volvía obsoleto.

Cuando se hicieron pareja, los padres de Erika terminaron por celebrar su decisión.

Cuando hacían el amor, Adrián era el único que percibía el placer mudo escapando de los labios de su amada.

Cuando se mudaron juntos, nadie lo cuestionó.

Y cuando Erika se ganó la total adoración de su alma gemela, su peor secreto salió a la luz.

—¿Podemos charlar? —dijo Adrián, en un murmullo. Tomó las manos de Erika entre las suyas, deteniéndola de hacer nada que no fuera escucharlo—. Quiero... Necesito confesarte algo.

Erika frunció el ceño con curiosidad, pero Adrián se limitó a guiarla hasta la habitación que compartían. Tras ambos sentarse en la cama, ella notó lo distante e indeciso que de pronto se había tornado Adrián. Ni siquiera la miraba de frente.

Le tocó un hombro y él la miró.

“¿Qué pasa?”

Adrián se mordió los labios, controlando su respiración para no sufrir un ataque de pánico. Finalmente pareció armarse de valor lo suficiente para encarar el problema.

—Ves las noticias a menudo, ¿no es cierto? —comenzó, y Erika asintió a pesar de que no sabía la importancia de aquello —. Hay un sujeto al que apodan Míster Gore, ¿te acuerdas?

Erika asintió.

“Les destroza el cuello a sus víctimas” recordó, pero frunció el ceño al recordar todo lo que había hecho Míster Gore en los últimos años. “Pero ahora su firma ha cambiado un poco”.

—Sí, lo ha hecho —dijo Adrián —. Ahora, en lugar de detener su corte en la base del cuello, traza la silueta de un corazón enorme cuyo contorno envuelve los pechos de la víctima y termina hasta cerca del pubis. —Su mirada volvió a vagar sin rumbo —. Ya se lo ha hecho a dos chicas.

“¿Temes que me pueda pasar algo con él tan cerca?” Erika sugirió, pero Adrián se rio ante la idea.

—En lo absoluto.

“Dime entonces de qué querías hablar”.

Adrián volvió a ocultar sus emociones con seriedad. Miró a Erika por largos segundos, acortando luego la distancia entre ambos y silenciándola tomándola por las manos. Le sostuvo la mirada sin vacilar, aunque su cuerpo temblara de nervios, porque sabía que los ojos son más honestos que cualquier tipo de lenguaje.

—Yo soy Míster Gore.

Erika no sintió nada pues no le creyó.

—Yo soy él, soy ese asesino. Soy ese tipo que ha matado y masacrado la garganta de todas esas chicas... Lo hago desde hace años porque... Porque odio... Odio que la gente grite, que sean ruidosos, odio verles chillando por atención y ladrando sin razón, lo odio tanto que no puedo evitar mi deseo por silenciarles.

Erika parpadeó.

—Sé que no lo sabías —pausó para encontrar las palabras correctas —, pero te lo digo ahora porque no quiero seguir escondiéndotelo. No puedo ocultarte nada, pero sobre todo tengo que decírtelo porque... Porque eres... Eres como mi musa.

Soltó una risita sin gracia.

—Ni siquiera yo mismo me entiendo, pero... Cuando las mato, cuando... Cuando les abro la garganta, no puedo pensar en otra cosa que no sea tu sonrisa silenciosa —continuó—. Me trae tanta paz que casi me siento ebrio. Las silencio por toda la eternidad como lo estás tú, y es precioso.

Erika sintió algo desagradable en el estómago, como si su corazón se hubiese desplomado hasta caer entre sus entrañas. Sentía que lo que estaba viviendo era un sueño.

—¿No notaste el cambio en mi firma desde que nos conocimos? Ese enorme corazón apareció tras haberme topado contigo, ¿nunca te percataste? —sonrió tontamente, desbordando amor—. Las puñaladas también se hicieron más violentas y los cortes ahora son más profundos porque ahora utilizo tu cuchillo favorito, ¿te acuerdas? El que contemplabas cuando nos vimos por primera vez. Sus cuerpos están incluso más deformados porque quiero asemejarlas a la perfección.

“¿Perfección?” cuestionó, tras haberse zafado de su agarre.

—El silencio total. Eso es perfecto.

Erika ladeó la cabeza, confundida, y Adrián supo que tendría que abrir heridas profundas para dejar en claro el significado de su arte.

Todo se lo relató con abrazos y palabras rotas de por medio.

Capítulo 5

Las cosas malas empezaron cuando solo era un niño, frágil e inocente, poseedor de esa tierna edad en que uno es presa del mundo y recibe todo con los ojos bien abiertos.

Pero claro que no todas las infancias son preciosas o seguras, y la de Adrián era una de esas terribles excepciones porque, al contrario de recibir apoyo y cariño, vivió en el seno de una familia abusiva e intolerante que castigaba todo con golpizas y regaños a gritos insostenibles.

La relación entre sus padres había estado rota desde el principio, habiendo consumado el matrimonio solamente porque la madre estaba embarazada con la hermana mayor de Adrián. La misma que casi falleció en sus primeros años de vida debido a la negligencia en su cuidado. Para cuando Adrián fue concebido, todos los miembros de su familia estaban enfurecidos con la vida que les había tocado. Descargaban su odio con el más pequeño, que había aprendido rápidamente a aceptar todo con sumisión total.

Su padre rara vez estaba en casa. Cuando era así, él y su esposa siempre estaban discutiendo por dinero, por sus hijos, por el desempleo de ambos y las aventuras que ninguno se molestaba en ocultar. Cuando no estaba cerca, la madre de Adrián vivía víctima del estrés y la ansiedad, sentimientos que contagiaba a los niños gracias al poco tacto que tenía al hacerse cargo de los mismos.

Adrián sentía náuseas y terror ante la sola idea de regresar a casa tras la escuela. Entonces todo dolía. Todo molestaba. No había nada de silencio y aquello lo estaba envenenando.

Había llegado a considerar el suicidio, razonando que así podría sumergirse en el silencio por un rato. Siempre lo decían, ¿no es cierto? Que los muertos descansaban en paz, y él deseaba eso más que ninguna otra cosa: simple y pura paz.

A menudo sobrellevaba su dolor encerrándose en su habitación mientras el llanto le consumía, escuchando maldiciones y amenazas que retumbaban por toda la casa, provocándole un constante pitido en los oídos. Lo único que podía hacer para detenerlo todo era cubrirse la cara entera con las almohadas, con tanta fuerza que terminaba perdiendo la conciencia por la falta de oxígeno.

Años de abuso y odio, recordatorios incesantes de que no era amado ni lo

sería nunca.

La desdicha era parte natural de su mundo.

Apenas tuvo edad suficiente, abandonó a su familia y jamás volvió, yéndose tan lejos como le fue posible.

Sin embargo, el odio en un estado tan puro y los traumas derivados de este no iban a quedarse en casa.

La agresión guardada por tanto tiempo terminó vertida en una chica universitaria que no paraba de reír estruendosamente y escandalizar su penosa existencia gritando palabrotas que la hacían sentir especial.

—Entonces había salido con unos compañeros de facultad a un bar local, y ella... No la conocía, jamás la había visto, pero... Cuando la vi, yo... —dijo, con la vista perdida en el pasado—. Vi a mi madre.

Erika guardó silencio.

—Esa chica no paraba de gritar y chillar como una bestia maleducada, y creo que tuve algo cercano a un ataque de pánico, porque no podía soportarla —pausó—. Iba a irme de allí, pero estaba tan roto por dentro que los bordes afilados de mi mente por fin terminaron de desgarrar la decencia que me quedaba.

“¿Qué pasó entonces?”

—Quería hacer algo, cualquier cosa. Dejar que mi odio tomara forma —hundió su rostro en el hombro de Erika mientras seguía recordando—. Lo necesitaba tanto.

Erika asintió y él continuó.

—Todo fue muy rápido. Me acerqué y le pedí que pasáramos un rato juntos, y ella aceptó. Creo que estaba demasiado ebria para notar lo nervioso y molesto que yo estaba; y a sus amigos no pudo importarles menos —tragó saliva—. La saqué del lugar y, cuando estuvimos solos, comencé a estrangularla hasta que se puso morada. Ella quiso escapar, pero no podía hacer nada más que toser y rasguñarme... Y, de pronto, sólo pudo gemir. Luego se calló.

Adrián se separó para examinar la expresión de Erika, y continuó hablando al notar que ella no lograba reaccionar.

—La maté. La silencié y me sentí bien con ello —se frotó una mejilla, pensativo—. Después de eso... Comencé a planear las cosas con más cuidado y, bueno, mi firma se ha vuelto algo especial, creo. Cada vez que

mato a una chica es como si matara a mi madre y entonces, cuando les destrozo el cuello, puedo asegurar su silencio por el resto de la eternidad.

Erika respiró pausadamente, con tanta calma como le fue posible pues intentaba permitir que todas las confesiones se concretaran en su mente. Se sentía tranquila, pero creyó que en cualquier momento le daría algún tipo de crisis. Nunca pasó.

“¿A cuántas has matado?”

—A siete —dijo —; cinco de ellas murieron antes de que te conociera.

La miró lentamente, acariciándole una mejilla con las yemas de los dedos.

—¿Vas a delatarme? No me molestaría si lo hicieras. Sé que quitar vidas está mal, pero tenía que confesártelo; no quería seguir ocultándote una parte tan importante de mí y, ¿sabes? —su tono era calmado y su expresión tan dulce como siempre lo había sido—. Si ya no me amas, yo... Puedo vivir con ello, porque nunca vas a dejar de ser mi musa.

Erika le miró a detalle, esperando que él terminara desmoronándose, pero no lo hizo. Solo le devolvía la mirada con ternura. Ella se seguía sintiendo incapaz de expresarse, sin saber siquiera qué sentir.

—Si te vas, ¿un último beso sería mucho pedir?

Adrián se inclinó para acercar sus labios, pero cuando se encontraba a pocos centímetros, Erika lo detuvo. El brillo en la mirada de Adrián se apagó mientras ella le negaba su último deseo.

—Entonces puedes irte —se encorvó, pero Erika no le permitió apartar la mirada—. ¿Qué pasa?

“No voy a irme”.

—No iré tras de ti si decides delatarme, sabes que nunca te haría daño y yo...

“Tampoco voy a delatarte” continuó. Por su expresión, aquella respuesta sorprendió a Adrián. “No van a alejarte de mí”.

La mirada de Adrián volvió a iluminarse, sonrió exaltado y se precipitó a abrazarla.

—¿Estás bromeando? —su voz se quebró—. ¿Es...? ¿Es en serio?

Erika asintió, tomándolo por la nuca para mirarlo a los ojos. Formuló con los labios algo que él entendió perfectamente:

“No me iré nunca de tu lado”.

—Te amo —dijo, besándola repetidas veces —. Te amo.

Terminaron ignorando la razón hasta puntos absurdos por creer que quizás nunca nadie se enteraría de su secreto, burlándose de la inteligencia de terceros por pensar que mudándose de ciudad continuamente evitarían levantar sospechas y seguirían viviendo un romance radiante que alimentaba a un monstruo vengativo.

Erika se olvidó de cuán terribles eran en realidad los delitos de Adrián cuando éste le pidió matrimonio.

Absorbida por una felicidad tan solo equiparable con el dolor de las víctimas de Míster Gore, ella aceptó.

Capítulo 6

Se descubrieron otros tres cadáveres tras su compromiso, con Adrián usando el silencio de su musa como inspiración y su cuchillo como brocha para crear el arte que calmaba a sus demonios, sacando a relucir una oscuridad retorcida dentro de su propia inocencia.

Antes siquiera de que pudiesen planear algún tipo de disimulado escape, la policía se apareció ante las puertas de su hogar con graves sospechas y supuestas evidencias que señalaban a un culpable: Adrián.

Querían llevárselo para interrogarlo, pero Erika se negó hasta que su prometido llegó a su lado para ver cuál era el escándalo; entonces no opuso resistencia alguna.

Sabiendo que no sentiría vergüenza o remordimiento, sabiendo que admitiría su culpa, Erika tuvo que detenerlo antes de que lograra cruzar el umbral de la puerta.

“Niega todo” rogó, con la policía a sus espaldas y la garganta ardiendo por el llanto que amenazaba con desatarse. “Por favor. Yo te cubriré, lo sabes”.

Él la admiró con una sonrisa tranquila.

Solo en ese momento, durante aquel fugaz instante, Erika tuvo verdaderos deseos por hablar.

Le habría gritado que entrara en razón, se lo hubiera implorado de rodillas, sollozando e ignorando todo lo demás hasta que él se diera cuenta de que ella no podía vivir sin estar a su lado. Pero entonces, maldita sea, entonces sólo pudo sostenerle la mirada, nublada por lágrimas al ser presa de la impotencia.

—¿Un último beso?

Sin perder su sonrisa juntó sus labios con los de ella cual si hubiese sido la primera vez.

Salió por la puerta mientras Erika sentía que el mundo se venía abajo, consumiéndose en un llanto silencioso. Adrián se obligó a no volver la mirada para no revelarle que también se había echado a llorar.

A partir de entonces... No parece que valga la pena contar nada.

La sentencia de Adrián se cumpliría hoy, acabando con su vida en la silla

eléctrica.

A Erika le permitieron ver el espectáculo al igual que a muchos familiares de las chicas a las que asesinó. La mayoría rechazó la oferta, pero Erika no podía hacerlo. Deseaba ver a Adrián una última vez a pesar de saber lo mal que le haría tenerlo cerca sin siquiera poder tocarlo.

Sabía que él gritaría que no estaba arrepentido, gritaría que estará con ella para siempre, gritaría que cambió el rumbo de muchas vidas como tributo a lo que ella significó para él, hasta que la muerte viniera a reclamar su retorcida alma.

Erika solo pudo razonar una última cosa antes de entrar a la sala.

No existía valor en ser la prometida de un muerto, pero había gran honra en ser eternamente la musa de Míster Gore.